



# El Cerdito Verde

En un lugar de Michoacán que nadie recuerda, hubo una vez una familia de cerdos que vivía plácidamente en una granja. Allí tenían todo lo que se podía desear. Durante el día, jugaban en el barro y después se bañaban en cualquier charca de las muchas que había en la finca para refrescarse un poco. Si tenían hambre, su dueño les ofrecía un gran cubo lleno de ricas comidas o mordisqueaban apetitosos frutos rojos que la naturaleza ponía a su disposición.

Un día, la mamá cerda tuvo una nueva camada de cerditos. Todos eran gorditos y sonrosados menos uno, que nació de color verde esmeralda. Los cerditos le miraron horrorizados y no entendían cómo un animal tan extraño podía ser su hermano.

Además de verde, su comportamiento era muy diferente al de los demás. En vez de alimentarse de la leche de la madre prefería comer trozos de pan. Tampoco le gustaba jugar en el barro como sus hermanos ¡A él le gustaba mucho más intentar subirse a los árboles!

Con el paso del tiempo se ganó la fama de que era un cerdito raro y él lo sabía. En realidad, no le importaba lo más mínimo ser diferente. Lo que no se imaginó es que su familia y el resto de los animales de la granja, odiaban sus extravagancias y no le aceptaban tal como era. Poco a poco fueron apartándole y el cerdito se sentía cada vez más solo. Nadie quería jugar ni estar con él.

Enfadado y molesto, una mañana decidió marcharse lejos. Ni siquiera miró hacia atrás. Con los ojos llenos de lágrimas y lo poco que tenía caminó en el bosque buscando un lugar mejor donde vivir.

Al finalizar el día se encontró con una pareja de ciervos ya grandes de edad y que no tenían hijos. Allí estaban ellos, masticando un poco de hierba, cuando vieron aparecer al cerdito verde ante sus ojos ¿Un cerdo verde? ¡Qué cosa más curiosas! Sin temor se acercaron a él y notaron que estaba muy triste y agotado. Con mucha dulzura, la cierva le preguntó qué hacía por allí, y el pequeño cerdo le contó que era muy infeliz porque nadie comprendía que no pasaba nada por ser distinto a los demás. Los ciervos bañaron al cerdito verde, le dieron agua y comida y dejaron que por la noche se acurrucara junto a ellos para dormir calentito.

Los tres formaron una familia pintoresca pero muy feliz y cuentan que por aquella época, algún humano que atravesó el bosque, pudo ver la hermosa estampa de una pareja de ciervos junto a un cerdito verde esmeralda correteando entre los árboles.

